

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, a nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



FABULA

LISONJAS VILES

EL ENFERMO Y LOS DOS MÉDICOS

Más tenaz cada día,
esto á un enfermo un médico decía:
—Si bebe usted más agua
es indudable que su muerte fragna.
Sediento el otro en tanto,
le dió su pasaporte, y otro al canto.
Fuése el doctor primero,
enterando del caso al compañero;
pero el doctor segundo,
más inepto que aquél ó más profundo,
dejó de buena gana
que se ahitase el pobre hombre como rana.
Pues, señor, murió ahitado;
y al morir, contento de su estado,
del que le daba vida
aún blasfemó, mientras que á su homicida
colmó de bendiciones.
¡Lo que vale halagar á las pasiones!

R. DE CAMPOAMOR.

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS...	Un trimestre..... 3 pesetas
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »
EXTRANJERO...	» año..... 15 »

OTRA DENUNCIA

El último número de DON QUIJOTE ha sido también denunciado.

¿Motivo de la denuncia? Las mil y una noches de D. Raimundo.

Pues bien, señor fiscal; por nosotros... ¡puede el baile continuar!

LA CRISIS

Vivimos en el mejor de los países posibles. Aquí todo lo anormal tiene su asiento, y, acostumbrados ya á las genialidades de la gente imperante, los ciudadanos nada extrañan, y acogen con indiferencia el trasiego «lento, pero continuo», que se hace con las poltronas ministeriales.

A espaldas de las Cortes acaba de hacerse la última crisis, y esta sorpresa no lo ha sido para cuantos tenemos perdidas las ilusiones acerca del respeto que merece á los monárquicos la función parlamentaria. Para ellos se representa siempre esa función entre bastidores, parodiando á los que ensayan en los escenarios las obras teatrales, donde todo está convenido de antemano, incluso el reparto de los papeles.

En una nación seria, esto no sería posible. Las modificaciones ministeriales deben hacerse á la luz del día, y, sobre todo, estar justificadas por el éxito, más ó menos favorable, que, á juicio de la representación del país, obtenga la labor gubernamental. Sin embargo, entre nosotros las crisis totales responden generalmente á otras causas, y las parciales, sin excepción, son dispuestas por el jefe del Gobierno, que jubila á quien le place y asciende á quien se le antoja.

Achicada la política de esta suerte, el público no presta atención á los nombres de los que manejan sus destinos. Sabe que los entrantes ofrecen realizar reformas, consistentes, por lo común, en la derogación de las que hicieron sus antecesores, y sabe también que semejantes iniciativas, llevadas á la práctica, contribuyen á aumentar el barullo de la legislación española, donde nadie puede decir de un día para otro lo que está vigente y lo que ya no rige.

El Sr. Silvela ha hecho una de esas crisis que sólo trascienden á los interesados en ellas. Al solucionar la premisa servicios de dos individuos de la mayoría, considerados hace tiempo como «ministrables», y busca la voluntad de un diario de gran circulación confiriendo una cartera á su director, joven que prodrá tener alientos, pero falto de historia y de experiencia para ejercer un cargo como el que se le confiere. Hase solicitado su concurso por medio de una carta destinada á la publicidad, en la que más parece ser requerido el mérito probado que el presunto ingenio, y para conseguir este propósito el Sr. Silvela divide «por gala en dos» el ministerio de Fomento. Sentíase, por lo visto, la nostalgia del suprimido ministerio de Ultramar, y era necesario no disminuir el número de carteras para consuelo de aspirantes.

Pasaron aquellos tiempos legendarios en que las crisis eran originadas por movimientos de la opinión pública, cuando las tempestades de la política hacían sentir la trepidación del trueno. Ahora son

caseras, y no se siente más trepidación que la de la olla del presupuesto, á cuyo alrededor se sientan placidamente los ministros.

CABEZAS DE MINISTROS

Aguilar de Campóo.

¡Oh, Silvela! ¡Toca la lira como la Safo de Daudet! Desde la oda heroica, al epigrama truhanesco. A ese hombre no hay cuerda que se le resista.— ¡Toca la lira, como la Safo de Daudet!

La última crisis es la obra de un gran humorista. Dijérase hecha por Taboada en colaboración con un hombre de teatro, con Arniches, pongo por ejemplo, ó con cualquier otro de esos di ses menores—¡Oh, Dioses!—del género chico...

Ahí, es nada, hacer de pronto consejero de la corona, ministro responsable—¡responsable!—á ese pobre marqués de Aguilar de Campóo, á quien para ser Sancho no le hace falta ni aun el apellido.

Improvisación como esta no se había visto desde los tiempos de Cánovas. Aquí hemos podido ser ministros todos. Lo ha sido Danvila y Concha Castañeda, y hasta creo que Polavieja.

¡Pero Aguilar de Campóo!... —¡Oh, Taboada! ¡Oh, Arniches!

Si, el Sr. Silvela nos ha demostrado que tiene tan excelentes aptitudes para el género trágico, como para el género cómico. ¡Y por eso ha hecho ministro á Villaverde, y por eso ha hecho ministro á Aguilar de Campóo!

Marqués del Vadillo.

Es una segunda edición del marqués de Pidal. Neo de profesión, amigo del padre Sanz, protegido del padre Montaña, contortilio del Nuncio, el marqués del Vadillo ha entrado en el Ministerio con la única y transcendental misión de «proteger los sagrados intereses de la Iglesia».

Ya habla de suprimir el jurado y el matrimonio civil; ya habla de promulgar leyes especiales contra la prensa.

¡Déjadle hacer, que ya veréis de todo lo que es capaz un neo inteligente!

Se comprende á Vadillo ministro en una monarquía absoluta; ¡pero en una monarquía constitucional!

¡Oh! ahora sí que el Sr. Suárez de Figueroa podía repetir su célebre frase: «no creo en la reacción como no creo en las brujas».

García Alix.

¡La suerte de este hombre! Dijérase que la fortuna, dando una prueba más de su mal gusto, se había enamorado de él con amor absoluto, ciego...

Este Sr. García, es una prueba viviente de que la felicidad no es en el mundo una palabra vana y sin sentido.

¿Nació de pie el Sr. García?
¿Asistió, por acaso, á su nacimiento el hada de la Buena Dicha? ¿Qué prodigioso talismán posee para vencer siempre á la desgracia?

Preguntas son estas á las que el ministro de Instrucción no podrá ciertamente responder.

La mayor parte de las cosas en la vida no tienen explicación. Hay que creer en el sino de las criaturas. Quién nace para albañil y quién para ministro. El Sr. García Alix ha nacido para todo lo grande.

¡El día menos pensado, van ustedes á ver como le nombran rey de Siam ó emperador de Marruecos! ¡Es el hombre de la suerte lisa!

Juega á la lotería con Cassola, y le toca el premio gordo; juega ahora á la política, y le toca la cartera de Instrucción.

¡Pero qué fortuna la de este hombre!

Gasset.

El Imparcial ha recibido como pago á los buenos servicios que viene prestando al Sr. Silvela una mísera credencial de ministro.

Acompañamos en su justo dolor al popular colega.

DE CÓMO SE SALVÓ VOLTAIRE

—¡Largo de ahí, farsantes, escandalosos, borrachos!—gritaba furioso el Apóstol.

No por eso cesaban los de fuera de aporrear la puerta con tan gran ímpetu y denuedo, que los golpes repercutían en todos los ámbitos de la mansión celeste con las sonoridades del trueno.

—¿Qué sucede, Pedro?—preguntó Dios sorprendido por el inusitado estrépito.

—Es una muchedumbre de perdidos que dan golpes y vociferan diciendo que quieren entrar. Sin duda han leído ellos que el reino de Dios sufre violencia, y tratan de violentar la puerta. Hay personas que entienden así el Evangelio.

—Déjales pasar—ordenó el Omnipotente.

Obedeció Pedro de mal talante, é interpretando á su manera el divino mandato, entreabrió la puerta, diciendo á los amotinados:

—El Señor permite que pase una comisión de entre vosotros.

¡Una comisión! ¡San Pedro usaba ya la fraseología parlamentaria!

Un grupo penetró en tropel por el resquicio abierto, y el celeste portero se apresuró á cerrar tan bruscamente, que á punto estuvo de coger a Ovdio los dedos en el quicio. El de las Tristes, como tantos otros, se quedó tristemente fuera.

Quando los comisionados llegaron á la presencia del Altísimo, todos los santos de la corte celestial, atraídos por la novedad del nunca visto suceso, rodeaban el trono del Eterno.

—¿Qué queréis?—preguntó Dios á los intrusos.

Nadie contestó. ¡Cosa rara! Los más grandes oradores de todos los tiempos, Demóstenes, Cicerón, Burke, Mirabeau, Castelar, se hallaban presentes; pero sea cortedad, temor de fracaso ó recíproca cortesía, ninguno de aquellos soberanos artífices de la palabra osó romper el silencio. Tras larga pausa adelantóse un sujeto de exterior modesto, sencillamente ataviado y con cierto aire de cuáquero. Era Benjamín Franklin.

—Señor—dijo—, yo expondré el asunto que aquí nos trae en términos breves y claros, que por algo se me ha llamado el hombre del sentido común. Nuestra demanda se reduce á pedir que se ensanche el cielo.

Un murmullo de asombro circuló entre los elegidos. ¡Ensanchar el cielo! ¿Caba pretensión más desatinada? Los santos más austeros no pudieron reprimir una sonrisa. De entre todos los varios rumores destacó clara y cristalina la carcajada de un arcángel.



Un segadors de los que hacen falta.



¡Vaya usted á la!

Lit. de la Viuda de M. Bantista, Fecus del Valle, 22



Un lobo de mar, o no me jaga oste reir, que tengo el labio partío.

DON QUIJOTE



Cabezas de ministro.



—¡Anda Dios, y qué á menos ha venido la Marina!



Los dos clowns eternos.



Si quieres ser feliz, como me dices, no analices, joh, Total, no analices.



—Pues si, señor, también la pasada semana ha sido denunciado DON QUIJOTE.

Ayuntamiento de Madrid

—Explícate—dijo gravemente el Señor.

—Es hoy el cielo, Señor, la estancia de la virtud, pero sólo de la católica y ortodoxa. Querriamos nosotros que ninguna virtud fuera excluida de las celestes recompensas. ¿La virtud pagana de los estoicos es menos meritoria que la cristiana de los santos? Un Epicteto y un Marco Aurelio, ¿no figurarían dignamente al lado de San Vicente Ferrer o de San Francisco de Asís? Si aquí moran los buenos, ¿dónde tiene su morada Sócrates? Si esta es la mansión de los justos, ¿cómo pueden vivir fuera de ella un Aristides y un Catón? Los faquires indios, ¿fueron menos penitentes y sintieron con menos intensidad la sed de lo infinito que los monjes de la Tebaida? Los mártires del patriotismo, de la ciencia, de la libertad, ¿son menos dignos de aplausos y galardón que los mártires de la fe? Nuestra aspiración es que la recompensa inmarcesible alcance á cuantos mortales han honrado á la especie humana, sacrificándose por grandes y nobles fines. Ni siquiera excluirlamos á los herejes. Bruno y Savonarola pudieron errar; pero ¿en qué mengua el extravío de su mente la grandeza moral de su inmolación?

La audacia de semejante afirmación promovió entre los bienaventurados nuevos rumores de extrañeza. ¿Qué se proponía aquel osado innovador? El, impasible, sin cuidarse de las protestas que suscitaban sus palabras, continuó hablando de esta suerte:

—Ni aun esto basta á satisfacer nuestros anhelos de reforma. Nosotros aspiramos á que no sólo la virtud, sino también el genio halle en los cielos acogida.

Indescribable fué el tumulto con que el santo auditorio acogió proposición tan extraña. Todos hablaban á la vez. Hubo acaloradas polémicas. Sostenían los más que debía imponerse silencio y aun castigo á aquel cínico revolucionario que quería llevar la perturbación á la región serena de la eterna paz. Clemente, Anselmo, Ambrosio, Severino, Crisóstomo, Agustín, los intelectuales del cielo, pedían que se le dejara explicarse y dar sus razones.

—El genio, Señor—siguió diciendo Franklin, apenas pudo hacerse oír de nuevo—, es en el hombre el sello de tu divinidad. Por él reconocemos entre nosotros á tus elegidos. La santidad misma, ¿qué es en suma sino uno de los aspectos del genio, el genio de la virtud y del bien? Se dice que éste sólo merece recompensa. ¿Somos, pues, injustos los mortales al tejer al genio coronas y tributarle homenajes prodigándole el más alto premio que cabe en el poder humano, el de la gloria y la alabanza? Se afirma que el genio es don y sólo la santidad mérito. ¿Qué error! Se nace bueno ó malo, con disposición innata, irresistible á veces á la virtud ó al crimen. La herencia, la educación, el ejemplo determinan casi siempre la condición del hombre. Pocos creen ya en el trampantojo de una voluntad arbitraria que saque el bien ó el mal de la nada de su albedrío. Existen diferentes capacidades morales como diferentes talentos. Hombres hay que carecen de todo sentido moral, ciegos del bien y sordos de la virtud.

La eficacia de la bondad es limitada é ilimitada la del genio. Cellini fué un asesino; pero ¡cuántos deliquos místicos han inspirado las obras de su cincel mágico! Rafael no fué un modelo de continencia; pero nadie ha fijado mejor en el lienzo la pureza ideal de las vírgenes. Bacon era un adulador intrigante; pero abrió al pensamiento humano horizontes nuevos. Byron, escéptico y libertino, supo iluminar con siniestros resplandores los hondos abismos del alma. Redime al genio la magnitud de su obra. El investigador que descubre una verdad, hace á los humanos un bien más positivo que todos los padres del yerno.

Vosotros los elegidos uníreis vuestra súplica á la mía demandando del Señor esta gracia tan luego como hayáis considerado cuán grata ha de seros la sociedad de los espíritus superiores, ahora desterrados de aquí. Pensad que vais á admitir en vuestra intimidad á todo lo que la especie humana ha producido de más excelso. Serán vuestros compañeros los instructores religiosos, esos hombres dotados de tan maravillosos prestigios que han sometido á su influencia naciones y razas, imponiéndose á las generaciones y dominando las edades. Confucio, el moralista del buen sentido; Zoroastro, el revelador del bien y del mal; Budha, ardiente apóstol de una doctrina admirable de renuncia y sacrificio; Mahoma, el sublime impostor al que debe la Historia la civilización islámica. Lo serán los pastores del rebaño humano, los que dictaron la ley y rigieron los destinos de los imperios, desde Licurgo y Solón, pasando por Justiniano, Carlomagno y Alfonso el Sabio, hasta Gladstone, Cavour y Bismarck. Lo serán los poetas, esos grandes sacerdotes del ideal, imitadores en lo humano del milagro de la creación; el tierno Kalidasa; Homero, el viejo narrador de hazañas; Sófocles, que acertó á concebir á Antígona; Horacio, el vate sereno del sano sentido común; Dante y Milton, exploradores audaces del infierno y del paraíso; Shakespeare, el más asombroso de los intérpretes, que nunca tuvo la pasión; Goethe, impasible y solemne como la Naturaleza su maestra; Víctor Hugo, el

cantor entusiasta de la libertad y del derecho. Lo serán los artistas, esos incomparables hechiceros de la forma; Fidias y Praxiteles, haciendo palpar el mármol, los misteriosos artífices de las góticas catedrales, hijas milagrosas del consorcio del arte con la fe, los que en la Alhambra realizaron una labor que parece tejida por mano de las hadas, aquellos hombres dioses del renacimiento, gigantes del espíritu que realizaron lo imposible. Lo serán los filósofos, mentes intrépidas, obstinadas en levantar el velo de los Isis y penetrar el misterio eterno de la realidad y de la vida; Kapila, padre de la metafísica; Platón á quien la posteridad ha llamado el divino; Aristóteles, el más poderoso cerebro que nunca ha existido, y presente se halla Santo Tomás, su discípulo, que no me desmentirá; Hegel, que arranca al universo de sus cimientos inmutables para hacerle girar con el ritmo de la evolución; Kant, el analista más profundo del problema de la verdad, la razón misma en carne y hueso. Y con ellos vendrán también esas almas generosas, empeñadas en la indispensable y penosa tarea de destruir errores y prejuicios, los ardientes demolidores, los terribles iconoclastas; Voltaire, el inmortal satírico...

No pudo concluir. Todos los bienaventurados sin excepción se alzaron para protestar con un solo acento, con un solo grito:

—¡No, no; ese no!

Pero Dios impuso silencio. Inclínada la frente augusta, el Señor de cielos y tierra meditó algún tiempo. Luego preguntó á los postulantes:

—¿Y sois vosotros, los aquí presentes, quienes pretendéis entrar en el cielo?

—Señor—contestó Franklin—, muchos, la inmensa mayoría de los que nos acompañaban, han quedado á la puerta.

—Que entren todos, todos—ordenó entonces el Altísimo.

Y he aquí de qué manera entró en el cielo el gran Voltaire.

ALFREDO CALDERÓN.

EN EL TENDIDO

El público llena la plaza de toros; os rayos solares del cálido Agosto, hiriendo de plano la arena del coso, la prestan reflejos de aurífero polvo. En palcos y gradas magníficos rostros de alegres hermosas que lucen de adorno la blanca mantilla de pliegues airoso. El rey Carlos cuarto (poned... cualquier otro), quizá retenido por graves negocios, su palco no ocupa, y el público todo maldice y reniega del rey perezoso. Por fin aparece, saluda en redondo, y surge en la plaza un murmullo sordo que en recios silbidos estalla furioso. Corrido el monarca oculta en el fondo de su palco regio sus reales enojos. Principia la fiesta, sale el primer toro y grandes y chicos, nobles y manolos, olvidan la ofensa y aplacan los odios. ¡Brillante corrida! Por cuatro ó seis potros salió cada fiero y alguna por ocho; en la enfermería muriéndose á chorros un banderillero de los buenos mozos y dos picadores con los brazos rotos. ¡Lástima que acabe la lidia tan pronto!

Los rayos oblicuos del ardiente foco aún doran, en parte, la arena del coso. —¡Hay luz, aún hay tiempo! exclama uno solo. Su voz no se pierde, la repiten otros y en el mismo punto se levantan todos y pañuelo al aire vociferan rancos. El rey se adelanta radiante y orondo, sin ninguna huella del primer enojo; saluda y asiente con visos de gozo. ¡Qué vivas! ¡Qué bravos! El público loco le aclama y le obliga á salir del fondo de su regio palco y á mostrar el rostro más de veinte veces, y me quedo corto. Un par de Inglaterra, ante el alboroto, pregunta indiscreto al que está más próximo. —¿Cuál es esa gracia que el rey generoso concede á su pueblo? ¿Por qué de tal modo los súbditos cambian en amor el odio? ¿Acaso renuncia tributo oneroso, licencia sus tropas, rodea su trono de sabios ministros amados y probos ó, en fin, á qué reos indulta piadoso? —¿Quiere usted callarse, inglés ó demonio? —¿Pero qué ha otorgado? Si no le incomoda. —Un toro de gracia. —¡Y eso... por un toro!

LIBROS

“La moral de la derrota”

Hay que hablar, porque así lo exige el público, de Vadillo, de García Alix, y hasta de Alzola; hay que hablar de lo que piensa Dato—que no piensa nada—; de lo que proyecta Villaverde—que, afortunadamente, no proyecta nada—; de lo que harán Sánchez Toca y Rodríguez San Pedro; del probable fracaso de Silvela en Marina...

El público gusta de todas estas cosas, de todas estas pequeñeces, de todos estos chismes y cuentos de nuestra misera política.

Y es un poco difícil convencer á la gente de que hay nombres que merecen ser citados con preferencia á los de los señores ministros, y que hay obras que merecen ser más comentadas que todas las obras que puedan realizar en sus departamentos los Aguilard de Campóo, Vadillo y demás auxiliares de Silvela.

¿Por qué no hablar de Morote, periodista que ha elevado la información á la categoría de historia; de Morote, figura más interesante, más digna de estudio que la de García Alix. ¿Por qué no hablar de Morote y de su hermoso libro *La moral de la derrota*?

Es esta una de las pocas obras con *enjundia* que se han publicado en estos últimos tiempos. Morote analiza en ella el por qué de nuestro fracaso y nos señala la nueva fuente de vida donde podemos beber el agua pura de la regeneración.

No podemos dedicar á la obra de Morote toda la atención que se merece.

Por desgracia nuestra, en este periódico no hay espacio sino para combatir á los señores que nos desgobernán.

Pero conste que *La moral de la derrota*, según nuestra humilde opinión, es un libro que merece ser leído y releído.

Y que Morote es de los pocos periodistas que merecen serlo.

LEYENDA MODERNA

(Traducido del francés.)

El jueves, 15 de Febrero, á las ocho y media, gran concierto instrumental en Santa Eustaquia... Precio de las sillas... etc.

La escena ocurre en la noche del gran concierto. En la iglesia de Santa Eustaquia se empujan los mercaderes y fariseos. Un hombre de barba rubia y unos treinta y tres años aparece en la taquilla.

EL CURA.—¡Eh! ¿Dónde vais hombre?

EL HOMBRE.—¿Pues no lo veis? A la iglesia.

EL CURA.—¡Cuidado!... ¿Qué diablos venís hacer en la casa de Dios? Estrafalarlo como sois...

EL HOMBRE.—Vengo á refugiarme, á calentarme, y más que todo, tengo necesidad de sentarme...

EL CURA.—Ya comprendo. Sin duda venís á rogar. Bien, bien; volveréis mañana, hijo mío... Esta noche celebramos una fiesta para los pobres.

EL HOMBRE.—Pues así, tanta más razón para entrar. Nadie más que yo puede ser designado para esta fiesta.

EL CURA.—Me he explicado mal... Quería decir en provecho de los pobres.

EL HOMBRE.—Pero si es lo mismo...

EL CURA.—Al contrario, todo lo contrario. Los espectáculos en provecho de los pobres, son siempre reservados únicamente á los ricos.

EL HOMBRE.—¿No podrías llamar esta fiesta para los pobres en provecho de los ricos?

EL CURA.—Basta de réplica ó voy en busca de un agente... ¿Entráis ó salís? Si queréis entrar, pagad cinco pesetas.

EL HOMBRE.—¿Y por qué no treinta dineros?

EL CURA.—¡Insolente! ¿Quién sois vos que así os atrevéis, y nos acusáis de judíos?

EL HOMBRE.—(Modestamente). ¡¡¡Jesucristo!!!

Las víctimas de la Inquisición

Hoy que de nuevo los partidarios del «Tribunal del Santo Oficio» se atreven á levantar la cabeza y con pretexto de una fe religiosa que no sienten quieren congregar á los fieles en actos que más que religiosos parecen exhibición de las fuerzas carlistas, es útil, hasta indispensable, recordar á las gentes sencillas las víctimas causadas por la Inquisición, de la que los seudocatólicos son en nuestros días genuinos representantes.

Llorente, secretario que fué de la Suprema, publica el siguiente estado en su *Historia general de la Inquisición Española*:

Quemados en los últimos dieciocho años del siglo xv por el primer inquisidor Torquemada...	8.800
Quemados en los cien años del siglo xvi...	15.232
Quemados en los cien años del siglo xvii...	6.028
Quemados en los primeros ochenta y tres años del siglo xviii...	1.589
Total quemados en trescientos un años.	31.619
¿Se enteran ustedes?	

Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12